



QUÉ HORA ES ... ?

Lecturas para maestros: Nuevos hechos, nuevas ideas, sugerencias, incitaciones, perspectivas y rumbos, noticias, revisiones, antipedagogía.

“O educación o exámenes” Mecanismo contra Humanidad

Por Luis de ZULUETA

(En *El Tiempo*, Bogotá,
12 de noviembre del 47)

No lejos de Nueva York está el colegio de Sarah Lawrence, establecimiento de enseñanza superior para la mujer, considerado hoy como uno de los mejores en los Estados Unidos. Sus alumnas suelen ser muchachas de familias ricas y de aficiones intelectuales. Las enseñanzas de ese centro constituyen, según es fama, un avance en la pedagogía, un progreso en los métodos.

¿Avance? ¿Progreso?... Quizá el lector pensará que, con tales características, el Sarah Lawrence College, próximo a Nueva York, la gran metrópoli de nuestra civilización técnica y mecánica, será la última palabra, el último paso adelante en la tecnificación de la labor educadora y en la mecanización del ser humano.

Pues, no. El presidente del Colegio, Harold Taylor, quien, con poco más de treinta años, es una autoridad en los problemas de la enseñanza moderna, ha hecho ahora, en la Conferencia Educativa de Nueva York, una dura crítica de todo el actual sistema docente que, en vez de desarrollar el espíritu, se contenta con obtener personas bien informadas, “repulsivamente bien informadas”, laboriosas, prácticas, de mente estrecha, de actividad limitadamente constructiva. “Una raza de afanos castores”.

“Habría que suprimir —opina Harold Taylor— todo el sistema mecánico de calificaciones, notas previas, puntos, “péñumes”, exámenes formalistas”... “Esta apreciación aritmética da a la exactitud, la corrección, la habilidad, más valor que a la imaginación”.

¡Pobre imaginación! Es la cenicienta en las modernas aulas. Pero resulta en alto grado interesante ver a un educador de vanguardia alzarse en Norteamérica contra toda esa imponente maquinaria de los exámenes... Doblemente interesante cuando, al final del curso, como aquí en estos días, se suspenden ya las clases, se interrumpe la tarea de formación del pensamiento y del corazón, a fin de preparar los exámenes... Exámenes, para los cuales se dedica acuciosamente el alumno a prender con alfileres en su memoria textos, apuntes, manuales, resúmenes que, quince días después, quedarán olvidados para siempre.

Como Fray Gerundio dejó los libros para meterse a predicador, el estudioso interrumpe el estudio, el verdadero estudio, para meterse a estudiante. Tal vez no sospecha que en el mundo existen Universidades donde no se llama a lista, tiene el alumno libertad para elegir entre varias asignaturas y distintos profesores y las pruebas finales en nada se parecen a lo que llamamos exámenes.

Harold Taylor, el joven educador norteamericano me ha recordado ahora a mi viejo maestro español don Francisco Giner de los

Ríos. A su clase acudían, además de muchos de los alumnos matriculados —no todos, porque como no pasaba lista...— hombres maduros, profesores, intelectuales, escritores. En cambio, don Francisco había obtenido una real orden que le relevaba de la obligación de examinar. Condensaba su criterio en este dilema: “O educación, o exámenes”. Eligió el primer término y fué un gran educador de su patria.

Hace algunas semanas, el citado presidente del Sarah Lawrence sostuvo una interesante controversia con otro moderno pedagogo americano, el famoso Robert Hutchins, canciller de la universidad de Chicago.

Las ideas de Hutchins no son menos significativas que las de Taylor. En los Estados Unidos, el país de la práctica y de la acción, la reforma de Hutchins reclama “más teoría y más libros”.

Quiere el canciller de la universidad de Chicago —otra ciudad gigante, de fábricas y rascacielos, como Nueva York— que los jóvenes lean, lean seriamente, lean metódicamente, durante cuatro cursos; lean, no ya los libros actuales de utilidad inmediata, sino las grandes obras de todos los siglos. Y que luego se reúnan para comentar y discutir sus lecturas.

Entre éstas, Hutchins, allí, en el país de las realidades positivas, recomienda en primer término los Diálogos de Platón, el padre del idealismo. Y, con ellos, los escritos inmortales de Aristóteles, y los de Esquilo y Sófocles, San Agustín y Santo Tomás, Galileo y Spinoza, Pascal y Rousseau, Stendhal y Dostoiéwski.

Recordemos que, hace ya algún tiempo, al terminar la guerra, una comisión de profesores de la universidad de Harvard publicó un informe sobre la *Educación general en una sociedad libre*. Documento de espíritu humanista en el que se pedía que los estudiantes entraran en contacto directo con los grandes libros y los grandes hombres.

También otra universidad americana, la de John Hopkins, se orienta en el mismo sentido. Quiere que sus escolares adquieran una cultura general, conozcan la historia del pensamiento humano, lean las obras maestras, las discutan en los seminarios y lleven a su propia vida las ideas de los grandes autores.

Nos hablaba de esto, hace unos meses, el doctor Gustavo Correa, un distinguido profesor colombiano de esa universidad de John Hopkins. Decía que en los Estados Unidos se desarrolla hoy una contienda entre los representantes de la segunda enseñanza, que defienden la educación práctica, pragmática, y los de la enseñanza superior que abogan por una nueva educación humanista.

La primera de estas dos tendencias se ha visto robustecida después de la guerra —afirmaba el doctor Correa en su interesante conferencia— pues los soldados pudieron comprobar durante la campaña el valor de una preparación escolar para la vida real. Cabría alegar, sin embargo, desde el lado opuesto, que si una verdadera educación humanista se hubiese extendido por el mundo, no habría habido la guerra.

Es una señal de los tiempos esa reacción que se dibuja en los Estados Unidos contra lo que con expresiva redundancia tendríamos que traducir en castellano por “la máquina mecánica” —“mechanical engine”, la llama Taylor— que rige la enseñanza.

Máquina mecánica... Duplicado mecanismo. Frente a esa mecanización de la vida, los centros superiores de cultura, los más sensibles a las nuevas corrientes de la época, exaltan la humanización de la vida. Contra el mecanismo, el humanismo.

Vivimos en la era de la máquina. El hombre la inventa, pero la máquina acaba por suplantar a su autor. Aquella empieza por ser una mera prolongación del brazo y, al fin, el brazo, el hombre, no es más que un simple apéndice de la máquina. El alma anima a la máquina, mas, al cabo, la máquina mecaniza al alma.

El último triunfo, el más asombroso invento de nuestra civilización mecánica son esas fábricas gigantescas en que se invierten centenares de millones de dólares, dedicadas a liberar la energía nuclear del átomo. Los sabios cuyos descubrimientos las engendraron, se muestran ahora aterrados porque esta vez el mecanismo es tan deshumanizador, que puede acabar con la especie humana sobre la tierra.

“Mi hijo no quiere tener un automóvil, quiere tener un alma”, le decía a Alain el padre de unos de sus discípulos. Los pueblos, como los hombres, tienen al fin lo que quieren y labran su propio destino. Los Estados Unidos tienen ya, construyen ya, la gran mayoría de los automóviles del mundo. Pero quieren también tener un alma. Y allí, entre el ruido productivo de los talleres, hay grupos selectos que evocan el inmarcesible jardín de Academio donde conversaba el divino Platón.

Luis de ZULUETA.

El traje hace al caballero

y lo caracteriza

Y la SASTRERIA

“LA COLOMBIANA”

de FRANCISCO GOMEZ e HIJO

le hace el traje en pagos semanales o mensuales o al contado. Acaba de recibir un surtido de casimires en todos los colores, y cuenta con operarios competentes para la confección de sus trajes.

Especialidad en trajes de etiqueta

Tel. 3283 — 30 vs. Sur Chelles
Paseo de los Estudiantes